

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

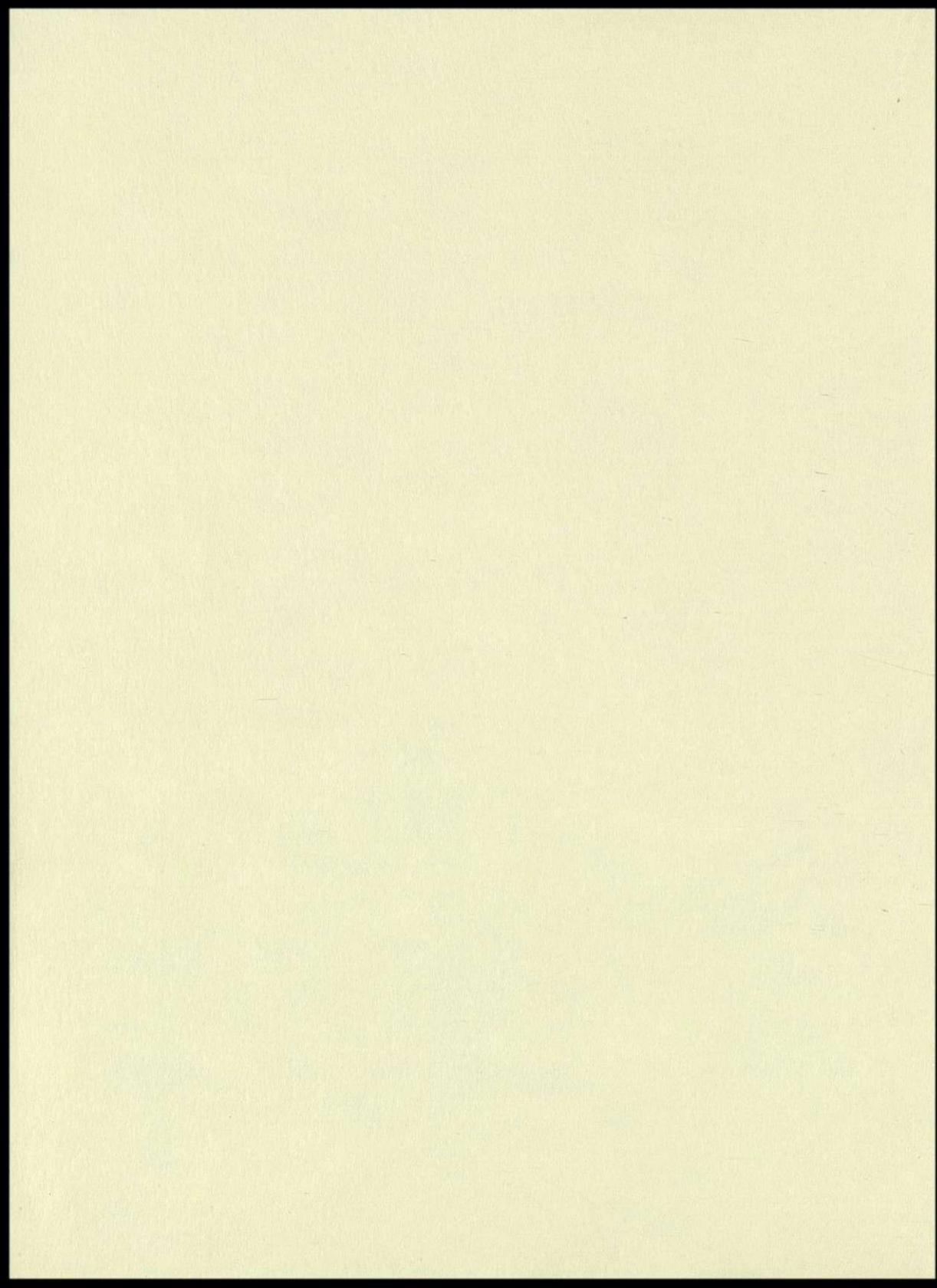
# Desde la frontera

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 2 DE JUNIO  
DE 1991, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL  
EXCMO. SR. DON JOSÉ LUIS SAMPEDRO SAEZ  
Y CONTESTACIÓN DEL  
EXCMO. SR. DON GREGORIO SALVADOR CAJA



MADRID

1991

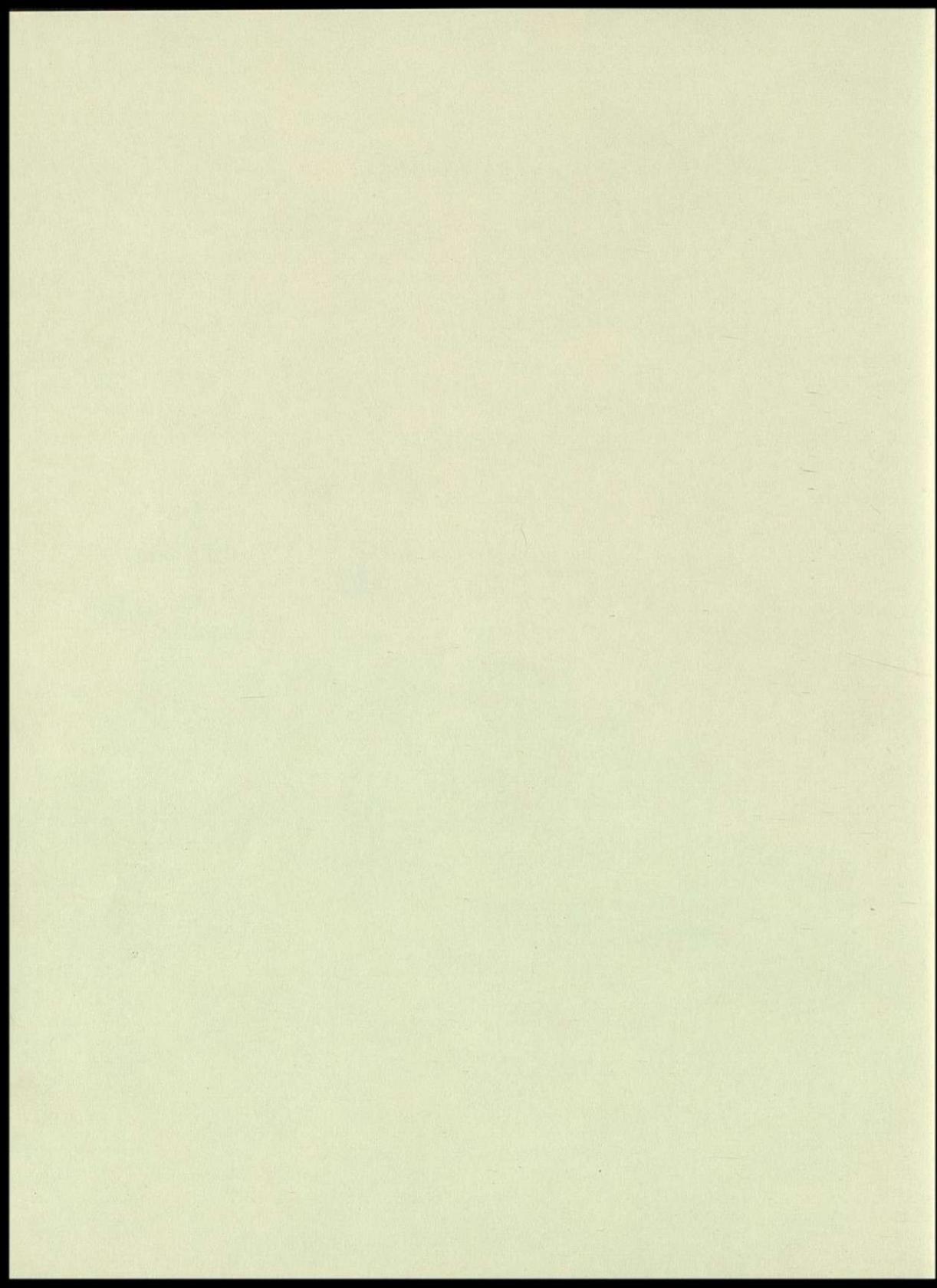


# Desde la frontera

Desde la frontera

MADRID

1951



R. 37.847

Ac. Esp. II-221

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

# Desde la frontera

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 2 DE JUNIO  
DE 1991, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL  
EXCMO. SR. DON JOSÉ LUIS SAMPEDRO SAEZ  
Y CONTESTACIÓN DEL  
EXCMO. SR. DON GREGORIO SALVADOR CAJA



MADRID

1991

Copyright 1991, José Luis Sampedro Saez y Gregorio Salvador Caja

Dep. Legal: M.-17.306 - 1191

---

Imprenta Aguirre.—Gral. Álvarez de Castro, 38.—Madrid

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON JOSÉ LUIS SAMPEDRO SAEZ

DISCERN

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS  
54 EAST LAKE STREET, CHICAGO, ILL. 60607  
EXCERPT FROM THE BOOK BY SAMUEL JOHNSON

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS  
54 EAST LAKE STREET, CHICAGO, ILL. 60607  
EXCERPT FROM THE BOOK BY SAMUEL JOHNSON

## SEÑORAS Y SEÑORES ACADÉMICOS:

FUE un miembro de esta Casa, el gran novelista don Pío Baroja, para mí además entrañable, quien en cierta ocasión se definió a sí mismo como «hombre humilde y errante». Sin querer parangonarme con su genio creador, hago mía muy sinceramente aquella humildad al comparecer hoy para expresar, ante todo, mi profunda gratitud por la generosidad con que habéis querido acogerme entre vosotros. Gratitud acrecentada por el hecho de que, no obstante haber discurrido mi principal vida pública por los campos de la economía, supisteis percibir que mi más intensa dedicación estuvo siempre consagrada a la literatura; y que mis novelas, lenta y encarnizadamente elaboradas, no eran un subproducto de mi trabajo, sino, al contrario, se habían apoderado ya de mí años antes de que pensara siquiera en cultivar las ciencias sociales.

Fueron necesidades de la vida las que me llevaron, ciertamente con gozo y fruto para mí, a la docencia universitaria. Pero al mismo tiempo, por trochas y vericuetos, al margen de corrientes y cenáculos, iba dejando mi huella de escritor furtivo en unos cuantos relatos, hasta alcanzar, al cabo de casi medio siglo, un cierto renombre que ahora consagra singularmente vuestra elección. Qui-

zás esa marginalidad me haya hecho el favor de dar a mi obra por lo menos alguna autenticidad, valor que siempre ambicioné sobre todos; pero también hacía menos esperable vuestra decisión al elegirme. Por eso a mi gratitud en estos momentos se une un sincero asombro, pues no creí, durante mi peregrinaje, que aquellas trochas y vericuetos me trajeran a esta Casa. Pero en ella estoy, por merced vuestra, y el honor que con ello recibo se redobra al considerar la figura literaria de mi predecesor en el sillón F, que me ha correspondido ocupar.

No podré precisar en tan breve espacio los méritos del ilustre don Manuel Halcón Villalón-Daoiz mejor de como los proclaman sus propias obras. Novelista excelente, de una calidad literaria públicamente reconocida al otorgársele el Premio Nacional de Literatura, supo también atinar en el análisis de los hechos cotidianos al dirigir con mano maestra una de las publicaciones periodísticas más destacadas de su tiempo. En sus páginas novelescas resplandece un arte cultivado y brillante, emanado de una sensibilidad muy viva y capaz de la expresión más eficaz y de la mayor penetración psicológica, gracias seguramente a arraigar en el mundo natal del autor. Sus *Aventuras de Juan Lucas* nos presentan ese nativo mundo andaluz agitado por el torbellino de la Guerra de la Independencia. El *Monólogo de una mujer fría* alcanza insuperable sutileza en el conocimiento del alma femenina y de un cierto ambiente social; mientras que los *Recuerdos de Fernando Villalón*, su pariente poeta que mereció figurar en la famosa antología de Gerardo Diego, consigue reflejar la estatura humana del personaje sin perder las calidades de la intimidad. Y siempre, sea en primer término o al fondo, ese campo andaluz que tan entrañablemente conocía don Ma-

nuel Halcón, y al que debemos su magistral discurso de ingreso en esta Casa.

Para desgracia mía, y por haber sido marginales mis andanzas literarias, no tuve ocasión de conocerle personalmente; pero quienes trataron a don Manuel Halcón siguen hoy añorando su distinción, su caballeresca y escrupulosa cortesía, su tolerancia sin concesiones indebidas y su afán de comprender. Como muy bien expresó el académico que le contestó en su discurso de ingreso, don José María Pemán, «Manuel Halcón es uno de esos escritores “que caen” en la Academia como un sólido por la ley física de la gravedad».

Soy consciente de que ese no es mi caso; lo cual redobla mi gratitud y me obliga a ofrecer algo más que un mero ejercicio de estilo o un análisis concreto, por muy brillante o ingenioso que pudiera resultar. He de daros cuanto soy; os debo la verdad de mí mismo, en un acto del corazón más que del intelecto. Espero lograrlo exponiendo sencillamente el ámbito de mis preferencias más auténticas, sin caer por ello en egolatría ni exhibicionismo, puesto que es un campo existencial compartido por muchos. Se trata del mundo de la frontera y voy a referirme a él como hombre fronterizo que soy, más que el errante de la definición barojiana. Lejos de caminar sin rumbo, la frontera siempre fue mi norte, aun antes de que las circunstancias me llevaran a ejercer una profesión a ella vinculada.

Curiosamente, la primera frontera que recuerdo surgió allí donde no parecía tener razón de ser. Aquel Tánger de los años veinte, donde transcurrió mi infancia, era ciudad internacional, en la que convivían en igualdad todos los países. Los chicos llegábamos al colegio con diversas

lenguas maternas, comprábamos golosinas con monedas diferentes, celebrábamos varias fiestas nacionales e incluso nuestro descanso semanal se repartía entre los días sagrados de tres religiones. Ahora bien, en medio de aquella cosmópolis se alzaba una isla rodeada de muro y puertas: el recinto donde los moros del campo vendían hortalizas y otros productos frescos, bajo cañizos con ramajes frecuentemente mojados para resguardarse del sol. Se vendía y gritaba en árabe y sólo se admitía moneda hassani del Imperio marroquí. Mi madre la obtenía, antes de entrar en el zoco, de los cambistas judíos sentados a la puerta, cada uno detrás de su cajón-mostrador, con una pizarra anunciando las cotizaciones del día. Así, en el corazón de la ciudad moderna e internacional se pasaba de pronto a casi la Edad Media y a lo que luego aprendí a llamar el Tercer Mundo. Entonces, claro está, yo no era consciente de ello, pero atravesar la puerta me impresionaba siempre y aún recuerdo el rostro de un viejo cambista, de barba blanca y cubierto con un negro sombrero, instalado a la puerta como guardián de aquel mundo antiguo.

Poco más tarde ya viví conscientemente otras fronteras cuando un cambio de residencia familiar me llevó, en edad todavía adolescente, a habitar en Aranjuez. El Real Sitio fue decisivo para orientar mi vida y por eso ha permanecido siempre en mi corazón, a pesar de alejamientos geográficos. Allí, a mis catorce años, empecé a sentir doblemente la magia de lo fronterizo, porque en Aranjuez existe una frontera temporal, entre el siglo XVIII de los palacios y el siglo XX de la villa, a la vez que otra frontera espacial separando el mundo mítico del cotidiano. En este último transitan las gentes por calles y plazas, mientras que en aquél habitan los dioses de mármol, franqueando las avenidas o alzándose sobre fuentes o pedes-

tales en las glorietas. La frontera entre ambos espacios era y es muy visible, formada por las grandes puertas cortesanías, entre jambas de piedra de Colmenar, o las larguísimas verjas de los jardines. En uno de éstos, el del Rey, la mitología se hacía aún más patente por el foso circundante, cuyas aguas tomadas del caudaloso Tajo venían a reproducir aquel río Océano que, según los griegos, envolvía el orbe.

Algunos muchachos teníamos el privilegio de poder penetrar bajo las frondas de los árboles centenarios y de quedarnos a solas frente a los dioses, viendo cruzar el sendero a un faisán macho con el arco iris de su larga cola, sintiendo la presencia de invisibles sombras y escuchando inaudibles voces que aún me siguen acompañando. La última de mis viviendas en Aranjuez tenía ventanas al Jardín del Príncipe, del que sólo me separaba la arbolada calle de la Reina, y de noche, en el verano, me gustaba acercarme a la alta verja y permanecer largo rato con la cara entre dos barrotes que mis manos aferraban. El mundo mítico se me mostraba entonces más verdadero que nunca, con sus fragancias, rumores, voces de aves, cruji-dos de hojas caídas como rumor de pasos furtivos y ecos de misteriosas profundidades. A veces la claridad lunar encendía aquel mundo del tal manera, haciéndolo a la vez cristalino y fantasmal, que cuando regresaba a mi casa me llevaba a mis sueños un tesoro de fantasías. Fue en mis últimos tiempos de Aranjuez cuando ya empecé a imaginarme escritor, sin duda al impulso de tales vivencias y, para acabar expresando lo que aquella doble frontera significó para mí, me limitaré a decir que ya hacia 1950 empecé a situar en el Real Sitio una novela, aunque sólo hace un año he podido decidirme, venciendo mi respeto por aquel lugar mágico, a trabajar definitivamente en ella.

Entonces ignoraba que me estaba empezando a poseer ya la adicción a lo fronterizo. Lo barrunté poco después, cuando mi primer destino en una aduana me convirtió en habitante de una frontera. Y poco más tarde, ¡qué horrenda frontera, en el tiempo y el espacio, en las ideas y en la conducta, fue la mal llamada guerra civil! Salimos de ella con el país erizado de muros con cristales rotos en lo alto. Desde entonces he detectado fronteras por todas partes, aunque muchas no reciban ese nombre.

Es fácil comprobarlo sin salir de aquí. Los muros de esta sala, ¿qué son sino fronteras separándonos de la calle y de la ciudad? Dentro, también este estrado presenta su frontera en la barandilla y la escalerilla de acceso. Sigamos: cada uno de nosotros se envuelve en torno a su persona, aun sin proponérselo, en un ámbito propio, y aunque la divisoria no sea tangible, todos resentimos como agresión ciertas voces o ruidos, ciertos acercamientos o gestos no solicitados. Más hacia nuestro centro tenemos, constituyéndonos rigurosamente, la decisiva frontera de nuestra piel, envolviéndonos el cuerpo con sus varias funciones, receptoras y defensivas a la vez. Más adentro aún están las innumerables fronteras de nuestra anatomía, las delimitaciones entre órganos y circuitos, hasta llegar a la pequeñez de cada célula interdependiente, con su membrana tan separadora como permeable a un tiempo. Finalmente, allá donde el análisis no encuentra materia, en eso que llamamos el espíritu o la psiquis con su base cerebral para su inlocalizable riqueza, se alzan las innumerables fronteras inculcadas o adquiridas, las prohibiciones conscientes o inconscientes, las barreras o los estímulos al comportamiento. Y volviendo a nuestro exterior, considerándonos como grupo humano reunido en este ámbito, ¡cuántas fron-

teras cruzándose y entrecruzándose para diferenciarnos por la edad, el sexo, las actividades, los gustos y tantas otras cualificaciones!

Si hubiésemos procedido hacia fuera de estos muros hubiéramos hallado otras fronteras: en las divisorias materiales, en las leyes que prohíben o permiten, en los recintos, en los hábitos. Fronteras por todas partes, delatadas por banderas, colores en el mapa, idiomas y otros signos innumerables.

A mi juicio, una civilización puede entenderse como una complejísima estructura de fronteras, determinantes de actores y relaciones en el sistema social. Y no sólo fronteras en el espacio, como se ha mostrado, sino también en el tiempo. Cada acto y cada suceso se aparta con una irreversible frontera de las alternativas simultáneamente rechazadas o eliminadas, así como también de los actos anteriores y de los posteriores. Todo período de transición es una frontera temporal entre dos épocas históricas.

La interpretación fronteriza del mundo es tan lícita como cualquier otra, y resulta acertada o no según el problema que abordemos. La realidad tiene infinitas dimensiones y por eso no cabe describirla, aunque nos hagamos cada día la ilusión de lograrlo. Sólo podemos interpretarla. Dime cómo miras y te diré quién eres en ese momento, porque la retícula conceptual usada al mirar —es decir, nuestra manera de proyectarnos hacia el exterior— es tan reveladora de nuestra personalidad como el disfraz adoptado para el baile de máscaras que, por el mero hecho de haberlo elegido, descubre nuestras secretas fantasías mejor que la apariencia habitual.

Nuestra relación con el mundo está condicionada por

esa incapacidad nuestra para abarcar todas las dimensiones, determinando las cualidades de cada interpretación de la realidad. Por eso mismo, otra de las definiciones de Dios podría ser el Ente que abarca simultáneamente todas esas dimensiones. Sin pretender conocimientos filosóficos que no poseo, me parece evidente que cualquier percepción está filtrada ante todo por las limitaciones de nuestros sentidos —aun con los mayores auxilios de la técnica— y, además, por nuestros conceptos, prejuicios o deseos. Nos atenemos, conscientemente o no, a una o a muy pocas dimensiones de lo real. Con eso nos situamos en un plano fronterizamente separado de todos los posibles, que otros observadores podrían preferir para interpretar esa misma realidad.

La realidad, además de multidimensional, es un continuo y eso refuerza la imposibilidad de describirla: *Natura non fecit saltus*, como advirtió la sabiduría clásica. Las fronteras, incluso las más obvias, las introducimos nosotros, indispensablemente, con el fin de conocer, clasificando e identificando lo percibido. Así como el economista interpreta la sociedad en términos de dinero y costes, o el patólogo en función de enfermedades, cabe pensar nuestro escenario como articulación de fronteras en los más distintos planos. No es que yo pretenda ofrecer ahora una visión *fronterológica* del mundo, como aquella «cocológica» de Unamuno con sus pajaritas de papel, sino sencillamente presentarme como soy mediante la interpretación de mi circunstancia, mostrando la forma en que la vivo. Pues en eso fundo la dignidad del hombre: en dar sentido humano a cuanto le sobreviene. En sí mismos los acontecimientos que nos caen encima —gozos o desventuras— son ajenos a lo humano. Los humanizamos noso-

tros en la actitud al recibirlos; en nuestra manera de aceptar las cosas las creamos o vestimos de humanidad.

Mi mundo está como fronterado, que diría quizás un maestro de armas, con los muros, las banderas, la piel, las palabras. Las palabras, cierto: cada una puede ser frontera: el «aquí» se aparta del «allá»; el «gato» es la divisoria frente a todo lo «no-gato». Pero sería desmedida tentación la de extenderme acerca de la palabra ante vosotros, que tanto más sabéis de ella. Sólo la reverenciaré de pasada como proeza suprema del hombre —único animal que habla— y recordarla dotada, como todas las fronteras, de precisión clarificadora y, a la vez, de ambigüedad; pues en el continuo de la realidad todo tajo conceptual es artificio y no es tan clara la diferencia entre el «gato» y el «no-gato». «Voces hay tan dudosas y ambiguas» —escribía el Padre Sigüenza encomiando al San Jerónimo traductor— «que hacen disentir unos de otros», y así es como cada texto tiene varias lecturas y su valoración cambia con el tiempo.

Con palabras se construyen las fronteras en el mundo de la literatura, donde se desenvuelve la novela,alzada sobre el filo mismo de la realidad y la ficción porque participa de ambas. Oponer lo novelesco a lo real, ya se ha dicho, sólo alcanza a ser una interpretación, pues la novela despliega la inapelable verdad de su autor, que la ha vivido al crearla, para que se haga verdad también en los lectores. Por eso los grandes personajes de ficción resultan más reales e influyen más en nosotros que muchos seres de carne y hueso.

Fronteras, en fin, de todas clases: geográficas, históricas, biológicas, sociales, psicológicas... Todas partiendo y acuchillando el continuo multidimensional que nos en-

vuelve, para facilitarnos nuestra instalación en él, para permitirnos una interpretación de lo que sería un caos; es decir, un orden que no comprendemos. Todas permitiendo diferenciar, pero sin que puedan confundirse con los límites.

No, no confundamos fronteras y límites, de los que luego hablaré, aun cuando haya quienes lo entiendan así. Nunca caí en esa confusión, ni siquiera cuando la vida me llevó, en mi recién estrenada profesión, a una aduana marítima. A primera vista parece no haber frontera más evidente sobre el planeta, pues en las aguas el hombre perece, sin aire para su vida. *Finis terrae* se ha llamado más de una vez a esa frontera, como si fuera un límite. Pero a mí, frente al océano, los ojos y el pensamiento se iban a la lejanía, sobrepasando la orilla. El mar es como la dulce llama de la chimenea: nos lleva a un más allá, nos sorbe la imaginación, se disfraza de figuras y sugerencias. Como en nuestra divisa columnaria, un *Plus Ultra* planeaba sobre mis contemplaciones y así como la brisa marina penetraba en la tierra adentro, así también mi ánimo trascendía la bien recortada línea de la orilla, frontera pero no límite. El mar no era confín ni barrera sino la más ancha de las aperturas a la libertad.

Vengo diciendo, en otras palabras, que mi dios siempre ha sido Jano, el de un rostro a cada lado, el dios de las puertas y las arcadas, invocado en la antigua Roma antes que ningún otro numen, como supremo iniciador. Mis fronteras son todas trascendibles, como lo es la membrana de la célula, sin cuya permeabilidad no sería posible la vida, que es dar y recibir, intercambio, cruce de barreras. Y más aún que trascendible la frontera es provocadora, alzándose como un reto, amorosa invitación a ser franqueada, a ser poseída, a entregarse para darnos con su

vencimiento nuestra superación: ese es el encanto profundo del vivir fronterizo. Encanto compuesto de ambivalencia, de ambigüedad —no son lo mismo—, de interpenetración, de vivir a la vez aquí y allá sin borrar diferencias. Más allá nos tienta lo otro, lo que no tenemos: nos lo canta y nos lo promete la frontera.

Los del centro, en cambio, viven la frontera de opuesto modo. Esa aventura les repele o les inquieta y se retranquean de la frontera adentro como el mar en el reflujo. Se repliegan al centro del espacio acotado, se instalan en el negro o en el blanco, temerosos de los grises infinitos y delicados. Encastillados en su centro, consolidan las fronteras como límite de sus dominios, alzando murallas y cerrando puertas. Si alguna vez las traspasan es abatiéndolas, para llevarlas más allá y reducir implacablemente «lo otro» a «lo mío». Destruyendo para conservar. Endovertidos, centrípetos, fortificados dentro de su país, de su casa, de su piel, de sus ideas; negando y rechazando cualquier otra bandera, otra lengua, otra interpretación de lo real; oyendo en las victorias cantadas por otro himno nacional solamente aquellas que fueron sus derrotas. Su divinidad no es Jano, sino la Némesis reacia al amor, aunque Zeus mismo la solicitase y aunque acabase engendrando de él a la Elena causante de la guerra de Troya; esa diosa que algunos confunden con otra Némesis abstracta, encargada de castigar a los transgresores del orden profundo. Para ellos la frontera no es invitación sino amenaza; lo ultramuros es siempre enemigo. Y como no intentan siquiera comprender «lo otro», esa cerrazón les infunde a ellos mismos condición de enemigos. Su vivir está anclado en el centro, donde erigen palacios, templos, normas, dogmas. Frente a la aventura del movimiento y la libertad se aferran a la seguridad de la fijeza y lo establecido.

Se configuran así dos diferentes estilos de vida: el fronterizo y el central. El primero cuenta con lo ajeno, que le provoca curiosidad con adhesiones o rechazos mezclados, le sugiere nuevas ideas y hasta las infiltra en él. Pues las fronteras, por muy altas que sean las murallas chinas, nunca impiden ignorar lo existente más allá, ni envolverlo en la indiferencia; actitud en cambio bien propia del centro, donde suele vivirse como si su mundo fuese el único. El fronterizo es sustancialmente ambivalente —es decir, instalado en ambos lados de la divisoria, aun cuando no en igual medida— y es también ambiguo, porque oscila entre ambas identidades: la originaria y la tentadora. Esa condición originaria, aunque homogénea con la de su centro y dependiente de él, está impregnada y atemperada por lo exterior. Su identidad es por eso menos pétreo, su propensión al cambio es mayor; entendiendo esa propensión en el doble sentido del vocablo, pues se trata tanto del intercambio con el exterior cuanto de la propia transformación. Esa es la dualidad del fronterizo, asomado siempre hacia fuera a la vez que atirantado desde el centro del poder. Pero, aunque dependa de éste, la tendencia al cambio hace a lo fronterizo más dinámico, con una vitalidad más abierta al abigarramiento de lo imprevisible, más propiciadora de vanguardias.

El centro, por el contrario, es más estable, reacio y hasta resistente a esa movilidad, pues la juzga capaz de socavar la esencia del conjunto, de la que se siente guardián tradicional. Cuando su poderío rebosa y cede a la tentación de traspasar sus fronteras, lo hace para violarlas, para ampliar su jurisdicción, para imponer en el territorio ganado su ley y su norma, que el centro defiende a veces tan rigurosamente como para llegar a los extremos del dogma, del rigor ortodoxo y hasta de la tiranía. El cen-

tro es esencialmente conservador del Orden con mayúscula. Goethe lo formuló exactamente, y si es cierta su frase de «prefiero la injusticia al desorden», es de lamentar que su genio de pensador cayera con esas palabras en grave torpeza. Claro está que esa opinión es muy comprensible en quienes, como él, se encuentran a salvo de injusticias por su posición social junto a los palacios, pero un hombre de su talla debió darse cuenta de que la injusticia es el más intolerable de todos los desórdenes.

Para explicarnos esas goethianas palabras, tan significativas, basta comprender que responden a una creencia muy firmemente arraigada en la actitud central: la de que su estilo de vida, recibido del pasado, no es un orden cualquiera, sino, precisamente, el Orden Natural de la sociedad. Orden Natural, con mayúsculas, son las palabras imprescindibles en la bandera de todo centro, desde que la creciente secularización de la vida hizo que no pudiera imponerse a todos un orden revelado, del que antes derivaba el natural. Con esa creencia se legitima la descalificación inmediata de cualquier otro estilo de vida como anti-natural; es decir, aberrante, condenable y extirpable por cualquier medio, en defensa del interés del centro. Así, en nuestro entorno, se declara Orden Natural de la familia humana al matrimonio monogámico indisoluble, como si no fueran igualmente humanas y naturales las demás instituciones familiares registradas por la historia o la antropología. Y lo grave es que el Orden Natural como creación del poder tiene a su servicio razonadores y exégetas, armados con medios educativos y de comunicación lo bastante fuertes como para acallar dudas, ahogar vacilaciones, justificar represiones y descalificar a disidentes. La historia está llena de ejemplos.

Ambos modos de vida, el central y el fronterizo, coexis-

ten desde luego dentro de cada estructura considerada y entre ellos no hay un límite tajante sino una zona intermedia, como la que aparece cuando se mezclan lentamente dos líquidos de distinto color, mostrando matices y gradaciones. Pertenecientes ambos a una sola unidad, son más bien diferencias de grado las que los caracterizan. Los centros no son del todo ajenos al cambio, pues arrastrados también por el río del tiempo, van evolucionando; aunque más lentamente que con el ritmo, a veces revolucionario, de los avances fronterizos. En los centros aparecen herejes y vanguardias; así, en el París del Segundo Imperio escandalizaban ya los primeros impresionistas y en la Viena de Francisco José pintaba Egon Schiele y enseñaba Freud. A su vez, también en las fronteras hay quienes recelan del exterior, encarnando actitudes centrales dentro de la periferia. En suma, los dos estilos no son rivales, sino complementarios: tan vital es conservar como cambiar. Convienen las bodas de Jano y Némesis, o al menos su armonía. Los cambios generados en la frontera no serían posibles si el centro no contribuyera al soporte de lo modificable. Tan vital es el cambio como la permanencia, tan lícita la actitud central como la fronteriza. Pero esta última vive más abierta a la innovación y al progreso porque, como cantó el gran fronterizo Pablo Neruda, «no es hacia abajo ni hacia atrás la vida». Por eso me declaro fronterizo, pues si bien me llevaron a esa orilla las corrientes de la vida, muy pronto mi voluntad se instaló a gusto entre gentes alerta, con ganas de vivir. Hasta los contrabandistas que he conocido eran alegres, despiertos, cordiales y sanamente pícaros. No vivían engañados: sabían que el contrabando solamente es delito porque lo impone la ley al servicio de la extorsión fiscal. Es más, para un creyente en el mercado libre, el contrabando no hace sino

devolvernos la libertad de oferta que el Estado nos ha quitado.

Desde aquella frontera aduanera la vida me llevó ante otras más graves y más encubiertas, cuando me dediqué a estudiar economía. Entre todas ellas recordaré ahora dos, como excelentes ejemplos de la actitud fronteriza frente a la interpretación del centro.

La primera es el llamado durante años «telón de acero», entre ambos polos de la estructura mundial de la postguerra. Como es sabido ese telón se vino abajo al desaparecer el muro de Berlín, y así se pasó de un mundo dominado por una polaridad rival a otro bajo un solo poder hegemónico. El imperio central interpretó entusiasmado el acontecimiento, según la tesis del celebrado artículo de Francis Fukuyama, titulado *El fin de la Historia*. Ese título no quiere anunciar que ya no le esperan nuevas vicisitudes a la humanidad, sino afirmar que el fracaso del comunismo demuestra la verdad del capitalismo y le consagra como el Orden Natural definitivo, toda vez que el comunismo era el sistema opuesto y no ha podido subsistir.

Vista desde la frontera esa interpretación es errónea y el «telón de acero» fue una falsa divisoria, El error consiste en creer que Occidente es el mercado libre mientras el comunismo es la planificación. La verdad es que en el comunismo funcionaban mercados, como necesariamente ha de ocurrir en toda sociedad con división del trabajo, mientras el capitalismo aplica también programas y provisiones estatales, condicionantes del mercado. Aparte de que el mercado perfecto no ha existido ni podrá existir nunca, sólo los ingenuos y algún premio Nobel de economía llegan a creer que nuestro mercado encarna la liber-

tad de elegir, olvidando algo tan obvio como que sin dinero no es posible elegir nada.

Lo esencial del capitalismo no está en que utilice el mercado mucho más que el plan. Lo fundamental es su creencia de que, gracias a la competencia privada, cuanto más egoístamente se comporte cada individuo, tanto más contribuirá al progreso colectivo. Por tanto, es deseable que cada uno aumente al máximo su beneficio a costa de quien sea y a partir de esa creencia se pasa insensiblemente a pensar también que en la vida sólo importa lo que produce ganancia monetaria. Así se desprestigian todas las actitudes cuyos móviles no sean los económicos; es decir, lo que no se cotiza en el mercado no tiene valor. «Cualquier necio», escribió Machado, «confunde valor y precio». Hablando en general, nuestra civilización padece esa necesidad. Y si en el siglo XVIII, en que nació esa doctrina, la práctica religiosa podía paliar los excesos del sistema, en estos tiempos secularizados los valores no económicos pasan a segundo plano y el texto sagrado es el Evangelio según San Lucro. En el altar mayor son adorados el Becerro de Oro y su pareja la Técnica, santa madre de la productividad multiplicadora de los beneficios, de la que se espera la solución de todos los problemas. Los capitalistas y sus técnicos cuidan de ese altar, controlando los medios de producción y repitiéndonos a los fieles —reducidos a meros productores/consumidores— que lo que no vale dinero no merece la pena.

El comunismo coincide plenamente con el capitalismo en adorar la técnica y la productividad y en confiarles la solución de todo aunque, como no cree en el mercado e intentó vanamente instaurar incentivos humanos distintos del lucro, quienes allí atienden el altar no son los capitalistas sino los funcionarios y técnicos estatales. Tanto

coincide con el capitalismo que incluso reduce la historia a lo económico, todavía con mayor rigor. No debe extrañarnos porque Marx, europeo de su tiempo, aprendió economía en David Ricardo. Por estas y otras razones resulta indudable que el comunismo —es decir, el capitalismo de Estado— y el modelo americano son ramas del mismo tronco: la civilización moderna. Por eso ya afirmó Toynbee que el sistema soviético era una herejía del capitalismo. El fracaso comunista deja pendiente, por tanto, una grave interrogación, a saber: ¿estaba muerta solamente esa rama o acaso también el resto del árbol padece la enfermedad?

No es propio de esta ocasión intentar una respuesta y paso por ello al segundo ejemplo de frontera mundial, menos definida pero más real y profunda. Me refiero a la existente entre el norte y el sur; es decir, entre el «centro» y la «periferia», denominaciones éstas popularizadas desde hace tres o cuatro décadas para designar, entre economistas, a los países ricos y pobres respectivamente. Es una frontera cruel, es el permanente foso entre los que derrochan y los que no tienen, entre los dueños del poder y los sometidos a él. Un foso que además se ahonda cada año, pues pese a las ayudas organizadas y los sucesivos Decenios para el Desarrollo de las Naciones Unidas, en la pasada década muchos países han retrocedido en vez de progresar.

Cuando, hace casi treinta años, se convocó una magna conferencia internacional para tratar el problema del subdesarrollo en el sur, los economistas de la periferia pusieron en evidencia que la actual situación del escenario mundial, enteramente dominado en los mercados y en las finanzas por los países ricos, impedía al sur progresar siguiendo la mismas vías trazadas por las grandes potencias

europas en el siglo XIX, cuando colonizaban el planeta sin ningún rival de su talla. Sordos al argumento, aunque esa situación esté a la vista, los expertos del norte y los organismos internacionales siguen recomendando las recetas de antaño, recordándoselas a sus interlocutores del sur con la misma sonrisa de superioridad, entre el desdén y la tolerancia, con que se habla a los niños o a los ignorantes. Incluso prometieron al sur un Nuevo Orden Económico Internacional que no llegó a nacer ni hubiera podido ser nuevo, porque tales promesas quedan sin cumplir cuando han de llevarlas a cabo quienes se están aprovechando del viejo orden, como le ocurre al norte. Visto desde mi frontera, el resultado es hoy un mundo con medios técnicos suficientes para alimentar a todos, pero en cuya mitad sur persiste injustamente el hambre. Es decir, un mundo viciado en el que presumir de racionalidad económica es un sarcasmo, porque las recetas económicas impuestas desde el norte están desfasadas respecto del mundo actual y perjudican a la periferia en beneficio del centro.

Así y todo es justo reconocer que la ciencia económica ha progresado mucho, especialmente en sus técnicas instrumentales. Pero, ¿en qué dirección? ¿Buscando nuevos caminos ante el fracaso o involucionando hacia una torre de marfil? Dejaré la respuesta a un prestigioso premio Nobel de economía, George Stigler, que se expresó de este modo: «Hace menos de un siglo, un tratado de economía empezaba más o menos así: 'La economía es el estudio de la humanidad en los asuntos ordinarios de la vida'. Hoy esas obras comienzan con frecuencia como sigue: 'Este tratado, inevitablemente extenso, está dedicado a analizar una economía donde las segundas derivadas de la función de utilidad poseen un número finito de discon-

tinuidades. Para abarcar el problema ha sido preciso suponer que cada individuo sólo consume dos bienes y muere después de una semana robertsoniana. Sólo se emplean en el análisis, si bien constantemente, instrumentos matemáticos elementales, como la topología'».

Como todas las caricaturas, ese texto encierra verdades. Por un lado, refleja los grandes avances formales de la teoría, pero por otro muestra su distanciamiento de las complejidades vitales, tendiendo a una ciencia que, si no ficción, podría llamarse *nobelesca* (escrita con *b*). Ello se debe a que la base de la teoría sigue siendo la misma que en el siglo XVIII, como si las sociedades humanas y sus relaciones mutuas no hubieran variado desde entonces. El error está en pensar, por la creencia en un Orden Natural, que con ideas e instituciones de hace doscientos años se pueden afrontar los nuevos problemas y encauzar la técnica moderna en beneficio de todos. Para demostrar la necesidad de poner al día las ideas económicas basta recordar que, a lo largo de este siglo, la física ha modificado revolucionariamente sus modelos teóricos, aun cuando la estructura de los cuerpos que estudia sigue siendo la misma. ¿Cómo puede pensarse entonces que no es urgente reformar a fondo los supuestos básicos de la ciencia económica, a fin de actuar en unas sociedades que han cambiado tanto? Al capitalismo le debemos el gran progreso que nos trajo desde las monarquías absolutas hasta las democracias surgidas de la Revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad. Pero si bien el liberalismo de mercado nos dio más libertad, aun a costa de mayor desigualdad, y si el comunismo favoreció la igualdad, con merma de la libertad, ninguno de los dos ha progresado ni siquiera hacia la solidaridad, ya que no a la lejana meta de la fraternidad. Al contrario, al poner el énfasis en el individuo,

el capitalismo mercantil socavó los sentimientos de comunidad propios de las sociedades tradicionales y los sigue socavando en el Tercer Mundo sometido a su influencia; mientras el comunismo sólo consiguió imponer una solidaridad forzosa, triste simulacro de la que debe ser interna y auténticamente vivida.

El hecho es que la anacrónica ideología legaliza los intereses del norte y que así se frenan las iniciativas hacia el progreso que podrían surgir en el sur, donde sobrevive el sentido comunitario y donde por eso caben impulsos hacia una mayor solidaridad mundial. Solidaridad mucho más necesaria ahora, sobre un planeta empequeñecido por la técnica de las comunicaciones, donde ninguna cultura puede ya existir aislada.

Como siempre, el encastillado centro evoluciona menos que la fronteriza periferia, cuya caótica apariencia se debe precisamente a encontrarse en ebullición. El norte apenas concibe iniciativas importantes salvo en el campo de la ciencia y de la técnica, con lo que aún se agrava más el desequilibrio creado por el anacronismo de las petrificadas ideas. Por eso hay muchos más gérmenes de futuro social en la vasta periferia que en los países avanzados. El caduco modelo desarrollista del norte está agotado, aunque sólo sea porque su tendencia expansiva tropieza por lo menos con dos límites: uno, la naturaleza, cuya explotación no puede continuar mucho tiempo siendo tan destructora como hasta hoy; y, otro, las reivindicaciones políticas y económicas del sur, cada vez más consciente de que sus problemas no tendrán solución mientras el norte imponga las decisiones más convenientes para su beneficio. Aunque el norte ya no habla de colonización, como hace un siglo, sino de interdependencia, el delegado de

China en las Naciones Unidas objetó en su día que si la relación propuesta era la existente entre un jinete y su caballo —desde luego interdependientes—, ellos no admiten ya más tiempo el papel de caballo. Los pueblos del sur se saben más débiles, pero ya no se resignan. Recurren a todos los medios y como la demografía les multiplica emigran como pueden a los países adelantados: no de otro modo acabaron los antiguos romanos descubriendo que los llamados «bárbaros» ya les habían invadido.

Las esperanzas del sur podrán parecer ilusorias precisamente cuando en la reciente guerra del golfo el emperador de Occidente ha advertido a todos de su poderío militar con el más aparatoso despliegue de fuerzas jamás montado contra un enemigo sin resistencia. Pero para hacerlo tuvo que conseguir ayudas económicas, porque quien fue el gran acreedor mundial hace cuarenta años es hoy el mayor deudor. Cuando ahora, en su soberbia, proclama el fin de la historia, empieza a advertirse que ha asumido un papel superior a sus fuerzas y que va a encontrar su límite. Quienes creemos que la humanidad evoluciona en espiral, repitiendo su paso por los mismos ejes, aunque a distancias crecientes del centro, recordamos que así cayeron antes todos los imperios. La afirmación no es sólo mía, sino también de historiadores y de algún destacado estadista europeo. Lo proclamó excelsamente, ante las ruinas de Itálica, el autor de estos versos, admirables entre todos los de la poesía castellana:

«Las torres que desprecio al aire fueron  
a su gran pesadumbre se rindieron».

La consideración de dos fronteras me ha traído a ocuparme de límites y ya hice notar que importa no confun-

dirlos con aquéllas, como lo hace nuestra moderna civilización, a causa de que su racionalidad economicista le permite creer que el incremento de la producción puede continuar ilimitadamente. Esta cultura no ha oído hablar de la otra Némesis, suprema y terrible guardiana de los límites, ante quien los mismos dioses se doblegaban y que implacablemente castigaba a los transgresores de lo sagrado.

Las fronteras tienen puertas, cuyo dios era Jano. Pueden ser superadas, asumidas e incluso desplazadas, puesto que son producto de la conveniencia humana y se establecen para mejor interpretar lo real o para comodidad de la vida. En cambio, los límites carecen de aberturas y no es lícito franquearlos: quien a ello se atreva corre un riesgo mortal para su cuerpo o para su espíritu, por haber violado lo sagrado. Mi afirmación parecerá exagerada porque no nos educan ahora en el respeto a lo sagrado, pero no por eso es menos castigada la transgresión. Vulnerar el secreto orden del mundo acarrea la aniquilación del culpable, como ha sucedido siempre con las altas torres que despreciaron al aire.

Los antiguos, en cambio, vivían lo sagrado, y lo mostraban de manera sublime en la tragedia. Sentían la existencia de un plano vital misteriosamente superior al hombre, aunque, al mismo tiempo, presente también en las más hondas cavernas de su espíritu. Sagrada era la belleza, la diamantina y cegadora belleza. Sagrado podía llegar a ser el oscuro seno de una caverna, la magia del plenilunio, el sortilegio de una fuente, la palabra de un asceta. En nuestro Génesis, un árbol del bien y del mal constituyó tan riguroso límite que con la transgresión se acabó el Paraíso. Sagrados eran los límites de la ciudad antigua y sus murallas no oponían sólo a los ataques su solidez,

sino además el anatema contra el atacante. Nuestra civilización, en cambio, ha roto con lo sagrado y elevado a sus altares lo más opuesto; a saber: el dinero y la eficacia material. Como no se vive lo sagrado no se escriben apenas tragedias, y si alguna accede a la escena —entre vosotros está quien las ha escrito con tanto coraje como dignidad— el espectador no llega a estremecerse con el horror que invadía al público de Epidauro, pues tiene embotada la sensibilidad para el misterio. Es imposible sentir lo sagrado en la Naturaleza cuando los técnicos la degradan y manipulan como mero recurso explotable, provocando así el castigo de los desastres ecológicos. No puede haber lugares sagrados para el profanador turismo de masas creado por nuestro tiempo, a diferencia de las antiguas peregrinaciones. Tampoco el hombre es sagrado para el sistema, que tritura su persona hasta degradarla a la mera condición de mercancía y mercader, acribillándola a diario con una invasora y condicionante publicidad, inspirada sólo en el lucro. Por eso no estremece el hambre de pueblos enteros ni los muertos por bombardeos militares cuya «rentabilidad» se planea cuidadosamente, comparando las víctimas esperadas con el coste del material bélico. Ni es sagrado el cuerpo, mero instrumento incluso para quien lo anima, invocando un supuesto derecho a hacer con él lo que quiera, sin darse cuenta de que su cuerpo no es una propiedad suya, sino que es él mismo.

Desde la famosa y archicitada frase cartesiana «Pienso luego soy», emparejando así raciocinio con existencia, la racionalidad del sistema ha ido subestimando el sentimiento que, sin embargo, es primero que la razón, pues, apenas nacido, el niño siente el pezón de la madre, aunque todavía en su cerebro no hayan empezado a formarse las conexiones del raciocinio. Por eso, en la frontera más cer-

cana a la vida, preferimos otra sentencia distinta, a saber: «Siento, luego existo». Pero hasta los sentidos son manipulados por el mercado, sustituyendo el goce directo de las cosas mismas por el simulacro de imágenes. «Civilización de la imagen», se repite hoy orgullosamente, y se vive entre espejismos, como si la imagen televisiva de un crepúsculo no empobreciera el patetismo de los campos recogiendo en la noche. ¡Ah! pero es que la imagen nos domestica para la pasividad y es mucho más disfrazable por el poder que la visión personal.

No hace falta continuar porque un solo aspecto los resume todos: hasta el amor deja de ser sagrado, reducido a contacto y a sexo o técnica, cuando es pura vida en éxtasis, en vilo, en lo más alto del surtidor, allí donde es, pero ya se quiebra y desintegra en el aire, al borde del no ser. No osaré decir nada del amor porque no soy un gran poeta, pero sí pondré de manifiesto cómo se le maltrata, con sólo recordar dos frases tan habituales como reveladoras. Pues resulta que no provoca escándalo una expresión tan repulsivamente mercantil y degradante como la de «débito conyugal», y, en cambio, muchos se sobresaltan cuando oyen hablar de «amor libre»; siendo lo cierto que el amor forzado no es amor y que no cabe amor sin libertad ni auténtica libertad sin amor. Pero es que el centro se escandaliza al revés, por miedo a la ambivalencia y la ambigüedad, cualidades tan vivas en el amor y en la frontera.

Y si el amor no es sagrado, ¿cómo va a serlo la muerte? Hoy no se la recibe en su madurez, sino que a veces la apresuramos desatinadamente y otras la aplazamos, manteniendo una vida carente ya de dignidad humana. No se acepta la muerte, aunque nos acercamos a ella cada día, como lo hago ahora mismo mientras hablo, sin entris-

tecirme por estar muriendo, puesto que es la prueba de estar vivo. Pues la muerte no es lo contrario del vivir, sino el horizonte que lo confirma y contra el cual gana la existencia en intensidad, como el retrato sobre un fondo acertado. Si conscientemente dejamos a la muerte que nos acompañe, hace milagroso cada instante, retoca voluptuosamente el irrecuperable pasado, hace incierto el futuro y así más deseable. No es enemiga, sino amiga, quien nos salva de la decrepitud; pero esta civilización no lo entiende y escamotea la presencia de la muerte en nuestro escenario social.

Muy colmado de ciencia está Occidente, pero muy pobre de sabiduría. Es decir, del arte de vivir, más abarcante que la ciencia porque, contando con ella, incluye además el misterio. Ahora no se procura alcanzar la iluminación, sino sentir el latigazo del deslumbramiento. Se busca el estrépito, lo aparatoso, los focos publicitarios; no el silencio, lo auténtico, ni el resplandor tranquilo de la lámpara. Un símbolo de nuestro tiempo es preferir la ducha, rápida, ruidosa y acribillante, en vez de envolverse voluptuosamente en la líquida seda del baño, lento y sosegado. Los países de la periferia conservan, aun en su atraso técnico, más sabiduría y eso es una esperanza para todos, porque cada día es más urgente compensar el desajuste esencial de esta civilización: el de tener muchos medios sin saber ponerlos al servicio de la vida.

Al luchar contra ese desajuste evitemos, sin embargo, el desafuero de los extremismos que lo agravan. También el de la frontera, aunque sea la avanzadilla del cambio, porque el centro tiene sus razones y sus valores. Lo importante, sea en el centro o en la frontera, es ser lo que se es con dignidad, entendiendo la dignidad ajena. Unos

y otros tenemos nuestras razones y motivos. Hace muchos años, con juvenil y dramático apasionamiento, pensaba yo que todos éramos culpables de todo. Hoy creo que, salvo en actos concretos, somos todos inocentes. Las ideas genéricas de culpa o de pecado colectivo no son más que instrumentos del dogma o del poder para dominar mejor.

No hay convivencia sin tolerancia mutua, y así vuelvo a mis palabras iniciales, para rogaros tolerancia hacia el hombre que soy, humilde y fronterizo; aunque acaso no sea tanta mi humildad, puesto que vengo envaneciéndome de ella. ¿O quizás en el fondo la humildad tiene también su orgullo? «Llaneza muchacho, y no te encumbres, que toda afectación es vana», recomienda el maestro de todos por boca de maese Pedro, el del retablo. En todo caso, me sosiega saber que mis venideros pasos hacia mi última frontera los daré en vuestra compañía y al amparo de vuestro saber. Me esforzaré por no desentonar en esta Casa y, por si en alguna ocasión no lo consigo, permitidme justificarme de antemano concluyendo con una leyenda japonesa:

En un antiguo monasterio el monje jardinero llevaba varias semanas preocupado. Había anunciado su visita el abad de otro cenobio cuyo jardín era reputadísimo, e importaba no desmerecer ante sus ojos. Para eso el monje venía perfeccionando el pequeño microcosmos de su jardín, repasando las ondas de arena finísima que representaban el océano, tallando el boj delimitador, aclarando el musgo y los líquenes que envejecían la roca central, símbolo de la montaña sustentadora del cielo. La víspera de la anunciada visita su propio abad acudió a felicitarle, pero el monje se sentía inquieto ante su jardín: algo faltaba.

De pronto tuvo una inspiración. Se acercó al cerezo que descollaba entre los arbustos y sacudiéndolo con cuidado logró desprender de una rama la primera hoja del otoño. La hoja osciló despacio en su caída y se convirtió en una mancha amarillenta sobre el verdor impoluto del césped. El monje sonrió: el jardín perfecto quedaba completado con la imperfección. Ahora sí representaba el cosmos.

Quisiera poder desempeñar aquí, al menos, la misma función que aquella hoja. Y quisiera creer, además, que mis palabras no han disonado demasiado en la serena armonía de esta solemnidad.

Muchas gracias.

The first investigation was conducted in the summer of 1952, when the author was a graduate student at the University of California, Berkeley. The purpose of this study was to determine the effect of the amount of light on the growth of the algae. The results of this study are presented in the following table.

The second investigation was conducted in the summer of 1953, when the author was a graduate student at the University of California, Berkeley. The purpose of this study was to determine the effect of the amount of light on the growth of the algae. The results of this study are presented in the following table.

The third investigation was conducted in the summer of 1954, when the author was a graduate student at the University of California, Berkeley. The purpose of this study was to determine the effect of the amount of light on the growth of the algae. The results of this study are presented in the following table.

The fourth investigation was conducted in the summer of 1955, when the author was a graduate student at the University of California, Berkeley. The purpose of this study was to determine the effect of the amount of light on the growth of the algae. The results of this study are presented in the following table.

## DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON GREGORIO SALVADOR CAJA

DISCLOSURE

1980

James M. De Gregorio, Salvador C.A.

SEÑORAS Y SEÑORES ACADÉMICOS:

MUCHO os agradezco que hayáis asentido a la decisión de nuestro Director de delegar en mí la voz de la Academia para recibir, en nombre de todos, a nuestro nuevo compañero. Es la primera vez, desde mi ingreso en esta Casa, que se me encomienda esta misión, solemne y siempre gozosa, de dar la bienvenida al que llega. Bien es verdad que fue también la candidatura de José Luis Sampedro la primera que yo he firmado —y hasta ahora la única— en los cuatro años largos que llevo ya sentado entre vosotros y esa ha debido ser la razón que os ha movido a cederme, hoy, este lugar honroso y la oportunidad de contestar al discurso del nuevo Académico. Casi todos vosotros conocíais a José Luis Sampedro desde mucho antes que yo, algunos erais viejos amigos suyos, podríais haber hablado, con más conocimiento, de tareas y afanes compartidos, de comunes anhelos y esperanzas, de historia convivida, de esos complicados caminos de su existencia que nos lo han traído, finalmente, hasta aquí. Podríais haberle puesto a este rito la emoción del recuerdo, la evocación melancólica del pasado, como suele hacerse en estas ocasiones, pero habéis preferido que sea yo, el último de sus amigos en el tiempo, quien explique los motivos de su elección, la dimensión de sus valores, la profunda razón de este acontecimiento que celebramos.

Cuando digo que soy, cronológicamente, el último de sus amigos no estoy expresando un enunciado vago, que admita adverbios de duda. Yo conocí personalmente a José Luis Sampedro el martes 24 de enero de 1989, es decir, hace menos de dos años y medio, y cuando, al tener que proveerse la vacante dejada por el inolvidable don Manuel Halcón, pronuncié su nombre entre vosotros como un posible candidato a esa silla, no había transcurrido un año todavía desde la fecha precisa de nuestro primer encuentro personal. Naturalmente, yo lo conocía a él desde mucho antes de ese modo unilateral, pero algunas veces hondísimo y frecuentemente amistoso, con que un lector anónimo, pero constante, conoce a los autores que le van proporcionando ese otro mundo paralelo, ese otro vivir complementario con que la literatura nos ensancha y nos ilumina la propia existencia.

Leí por primera vez a José Luis Sampedro en las Navidades de 1964: su novela *El río que nos lleva*, que había publicado tres años antes. La leí a continuación de la *Vida y hechos de Alexis Zorba* de Nikos Kazantzakis. Curiosamente, el libro de Sampedro llevaba al frente un lema del autor griego: «Todos los hombres, durante un minuto, son Dios». No era entonces yo lector despreocupado, entregado sin más al simple placer de la lectura. Enseñaba literatura en un Instituto y aspiraba a enseñar crítica literaria en la Universidad, cosa que hice luego, durante nueve cursos, en la de La Laguna. Había introducido, por aquellos años, unos métodos de análisis estructural de textos literarios, basados en las doctrinas lingüísticas de la escuela de Copenhague. Tomaba notas de mis lecturas y comparaba lo que iba leyendo para aprovecharlo en las clases y en posibles estudios. Esto escribí de la novela de Sampedro en el cuaderno con tapas de

hule negro en que conservo las anotaciones de aquellas fechas: «Esta novela ofrece una sustancia de contenido muy semejante a la de Kazantzakis, pero una forma de contenido más convincente. El río que nos lleva es a la par, en símbolo bisémico, el río de la vida y el alto Tajo por donde descienden los gancheros con su maderada. Más este, el real, que aquel, el simbólico, sirve para darle una forma lineal, sucesiva, a la narración, a la cual obviamente —pese a lirismos descriptivos y el evidente ingrediente sustancial 'libro de viajes'— no podemos negarle su condición de novela. La función del *escritor* está aquí más disimulada que en la obra del autor griego, en el personaje Shannon, aunque finalmente se confiesa. El personaje *Zorba* es aquí múltiple, aunque el más próximo le es, claramente El Seco, que tal vez le sea inferior en intensidad, dentro del conjunto, pero ganándole en realidad, en el contraste con los demás gancheros. La novela de Sampedro podría haber resultado una gran novela y desde luego se lee con gusto e interés. Pero le sobran ingredientes y le sobra principalmente *literatura*. En este aspecto, sus defectos son análogos a los de *Zorba*. Es el *escritor* quien habla y no ya por boca de Shannon, sino de todos los personajes. Filosofan demasiado los gancheros y, lo que es peor, no paran de poetizar. El autor pretende disimular esta tendencia con vulgarismos fonéticos, dialectalismos y tacos disimulados, pero no lo consigue. En cualquier caso, no me parece Sampedro un profesor de economía que ha escrito una novela para entretenerse, sino un escritor consciente y eficaz, que maneja con habilidad las técnicas narrativas y del que se puede esperar mucho».

He querido reproducir, tal cual, lo que anoté en 1964, porque *El río que nos lleva*, que ahora ha tenido un re-

florecimiento gracias, de una parte, a su versión cinematográfica, y, de otra, a la consolidación de su autor como uno de nuestros novelistas más conocidos, me indujo a mí a leer la novela anterior de Sampedro, *Congreso en Estocolmo*, y luego, al tiempo de su aparición, *Octubre, octubre*, en 1981, y *La sonrisa etrusca*, en 1985, obras de las que luego hablaré. El caso es que había un José Luis Sampedro escritor al que yo conocía y valoraba, íntimamente, esa mañana de enero del 89 en que fuimos presentados. He de confesar que el conocimiento directo, en persona, de cualquier escritor al que admiro, me produce, de entrada, un cierto desasosiego, porque no siempre el hombre responde a la imagen que uno se haya podido hacer de él, desde su obra, y no necesariamente la excelencia literaria va acompañada de la calidad humana que se espera en quien ha sabido conmovernos, estética o emocionalmente, con su pluma. Desde aquella fecha, yo he tenido la fortuna de compartir mesa, una vez al mes, durante cuatro o cinco horas, con José Luis Sampedro, mesa de trabajo primero, seguida de un almuerzo después. Y lo que supe muy pronto, una vez comenzada esta periódica relación, es que nuestro nuevo compañero es una persona con quien, precisamente, uno puede sentarse a la mesa. Que no es poco, para venir a esta Casa, porque lo que aquí hacemos es acomodarnos, cada jueves, alrededor de una mesa oval, para discutir los asuntos del idioma, en los que unas veces podremos estar de acuerdo y otras, acaso, disentir, pero siempre amigablemente, desde los buenos modales que toda comunidad, académica o no, debe cultivar y mantener. Por eso, si yo había oído hasta entonces, con prudente respeto, la mención de José Luis Sampedro como persona digna de entrar en la Academia,

en la oportunidad ya aludida fui yo quien se apresuró a mencionar su nombre.

Y quiero recordar esto, de nuevo, porque las elecciones académicas suelen ser seguidas, desde fuera, con expectación que nos honra y dan lugar, a veces, a controversias legítimas, pero también a juicios apresurados y erróneos, que son agravio que se hace a la verdad. No han sido escasos en la historia de esta Corporación ni resultan insólitas las referencias a estos hechos en los discursos de recepción que la Academia ha ido publicando. En 1890, don Juan Valera solicitó ser él quien diera la bienvenida a don Francisco A. Commelerán, por haber sido uno de los académicos que más briosamente se habían opuesto a esa elección y dar así «público testimonio de nuestra fraternal avenencia», según dijo.

Al día siguiente de la elección de Sampedro se leía, en algunos titulares periodísticos, que había triunfado el candidato de la Moncloa frente al candidato de la calle. Pues bien, no. José Luis Sampedro era el candidato de don Rafael Lapesa, de don Antonio Buero Vallejo y de mí mismo, que fuimos los tres firmantes de su presentación. Y peatones somos, por la calle andamos, en la calle hablamos y a la calle oímos. De mí puedo decir que jamás he pisado el palacio de la Moncloa. Y con palabras de don Juan Valera, en ese discurso ya centenario al que me he referido, pero plenamente actual, puedo decir que «la Academia es meramente una modesta reunión de hombres de letras, bastante autonómica para que sea ella misma quien elija los individuos que la componen y para que no se someta a caprichos inestables de la multitud ni a decretos de otros poderes». Y dejemos ya esta cuestión.

Acabáis de oír el discurso del nuevo Académico. Suele aplazarse, en este trance, hasta el final su comentario. No

podré yo hacerlo así, porque también me compete esbozaros una semblanza del beneficiario y lo que él ha hecho, con hondura y con sinceridad admirable, ha sido una especie de introspección, de análisis de su propia personalidad y, si no se ha detenido en los detalles de su vida, si no nos ha ofrecido exactamente su autobiografía, sí que nos ha trazado, de algún modo, su etopeya. Trataré yo de completarla, desde fuera, con algunos datos consabidos de currículum o de hoja de servicios.

José Luis Sampedro nació en Barcelona el 1 de febrero de 1917. Accidentalmente. Su padre, médico militar, estaba destinado allí. Pero cuando tenía año y medio, la familia se trasladó a Tánger y a su niñez tangerina se ha referido él en su discurso. No ha mencionado, en cambio, una temporada que pasó también, por esos años, con unos tíos suyos, en Cihuela, provincia de Soria, en el límite con Zaragoza, en la comarca denominada Las Vicarías, que forma parte de la Tierra de la Recompensa, llamada así por haber sido la que entregó Enrique II de Castilla, el de las Mercedes, a Beltrán Du Guesclin. Eso era viajar desde el cosmopolitismo de Tánger a la Edad Media castellana: un pueblo pequeño, frío, perdido, donde acababan de instalar la luz eléctrica, pero sólo la encendían un rato cada noche. Recuerda la copla con que se definían los de Cihuela:

«No somos aragoneses  
ni tampoco castellanos;  
somos de Las Vicarías  
y nos llamamos rayanos».

Otra frontera, por consiguiente, en las tierras interiores de la Península. A lo mejor, querido José Luis, es que todo es frontera, se esté donde se esté, y lo que es pura entelequia es eso que tú llamas el centro.

Desde los trece años vive en Aranjuez, como también nos ha dicho y, a los dieciséis, entra en la Academia Oficial de Aduanas, donde estudia durante dos años hasta ingresar en el Cuerpo pericial y ser destinado a Santander. Al comenzar la guerra civil es movilizado y va al frente. Lucha primero en un bando y luego en otro, la mitad del tiempo con cada uno y en ambos con la misma graduación: cabo interino. En 1940 retorna a Madrid, con destino en la Dirección General de Aduanas. Se crea la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas y se matricula en ella. Sus preferencias universitarias lo hubieran encaminado a la Facultad de Filosofía y Letras, porque su vocación era la literatura, desde siempre, pero en la nueva Facultad se daban las clases por la tarde, lo que las hacía compatibles con su trabajo, y, además, algo tenían que ver estos estudios con su profesión. Pertenece a la primera promoción de economistas españoles. Es un universitario tardío, por los propios avatares de su vida y de nuestra historia, que se licencia a los treinta años; eso sí, con Premio extraordinario, calificación que repite en el doctorado, pues su carrera de economista se hace fulgurante: profesor de la Facultad, economista del Banco Exterior de España, asesor económico del Ministro de Comercio, hasta que, en 1955, gana por oposición la primera Cátedra de Estructura e Instituciones Económicas de la entonces Universidad Central. Incorporado a la Secretaría Técnica del Ministerio de Hacienda, participó de modo muy activo en el famoso y eficaz Plan de Estabilización de 1959. Desalentado por la situación universitaria española, de 1969 al 71 enseña en las Universidades inglesas de Salford y Liverpool. Regresa a España, pero a la Universidad Autónoma de Barcelona, y de nuevo al Ministerio de Hacienda, como asesor económico de la Dirección General de Adua-

nas, al tiempo que dicta diversos cursos en la Escuela Diplomática, el «Bryn Mawr Hispanic Center» y el Instituto de Estudios Fiscales. En 1976 vuelve al Banco Exterior de España, como economista asesor y, después, como Vicepresidente de la Fundación Banco Exterior, hasta que en 1984 retorna a la Dirección General de Aduanas, donde se jubila un año más tarde, a la par que lo hace en la Universidad Complutense como catedrático universitario.

Su índice bibliográfico profesional es amplio y de extraordinaria importancia, según aseveran los expertos. Es un economista español con presencia en el mundo. Su voz se ha oído en importantes foros internacionales y ha sido consultor del Banco Mundial y de la OCDE. Un libro suyo, *Las fuerzas económicas de nuestro tiempo*, ha sido traducido al francés, inglés, alemán, italiano, sueco y holandés y recomendada su lectura, en 1970, por la *Open University* de la Gran Bretaña. Su *Realidad económica y análisis estructural*, de 1959, fue un libro que brilló por su originalidad en el análisis sincrónico de las estructuras económicas. Su *Estructura económica*, en colaboración con el profesor Martínez Cortiña, discípulo suyo, es libro de texto en muchas Universidades de España e Iberoamérica. Obras más recientes, como *Conciencia del subdesarrollo* y *La inflación en versión completa*, han tenido notable repercusión, si me remito a la opinión de los entendidos. Y una característica común parecen tener todas ellas: están muy bien escritas. El escritor ha refrenado al economista y ha atemperado la tendencia jergal de esa materia, se ha exigido a sí mismo claridad y buen castellano. Eso sí debemos destacarlo aquí. Como asimismo el hecho de que Sampedro fue el traductor al español, por los años cuarenta y cincuenta, de obras fundamentales de Economía y a él se le debe, en buena parte, la creación de un vocabula-

rio español para esa disciplina, hoy tan difundido, tan generalizado a los medios de comunicación, tan esencial para el entendimiento de muchas de las cosas que pasan y que irremediablemente nos afectan. Yo puedo decir que he leído el primero de los libros que he mencionado y algunos otros trabajos, más breves, del Sampedro economista, y que, por primera vez, en tales temas, me he enterado de algo y hasta me he permitido reflexionar e incluso, en algún aspecto, disentir.

Hubiera existido razón suficiente, acaso, para llamar a Sampedro como economista a esta Academia, que cuida, fija y da testimonio de los vocablos que van entrando, con los nuevos saberes, en la corriente del idioma. Nos va a ayudar en esa parcela, ¡qué duda cabe!, pero conviene dejar muy claro que nuestro nuevo compañero llega a esta Casa como escritor, como pulcro y cuidadoso escritor, como novelista consagrado, como artífice de un estilo elaborado, terso y luminoso, observador atento, además, de la lengua que emplea y de sus posibilidades expresivas.

Como economista, su maestro más entrañable fue don Valentín Andrés Álvarez, que lo nombró ayudante al terminar la carrera y con quien se sentía particularmente identificado, al compartir ambos no solo las mismas ideas económicas, sino también la afición literaria, pues don Valentín, como es bien sabido, hizo incursiones en el campo de la literatura y llegó a estrenar alguna comedia. Pero lo que en este fue quizá solo afición y entretenimiento, en Sampedro era una fuerza avasalladora, fundamento de su propio ser, voluntad inexorable de creación de mundos literarios. Y esa voluntad se ha impuesto a su alta y brillante personalidad de economista, sin mengua de esta, y aquí lo tenemos hoy, en el instante del reconocimiento solemne, con su ingreso en la Real Academia Española,

de que José Luis Sampedro ha llegado a ser, esencialmente y sobre cualquier otra cosa, lo que él siempre había querido ser: un escritor.

El nos ha dicho en su discurso que por trochas y vericuetos, al margen de corrientes y cenáculos, ha ido dejando su huella de escritor furtivo. Es cierto. En Santander descubrió la poesía, en la famosa *Antología* de Gerardo Diego y vislumbró en ella la cumbre casi inaccesible de la literatura. Escribió poemas, por entonces, y se hacía él solo una revista, a imitación de las que leía, escrita e ilustrada íntegramente por él, su único lector, y la llamó *Uno*. Volveré más adelante sobre la dimensión lírica de José Luis Sampedro.

Por los años cuarenta y cincuenta fue publicando cuentos en diversas revistas: *Proel*, *El Español*, *Ínsula*, *La Estafeta Literaria*, y ha continuado luego. Están pidiendo su recopilación en un volumen y él no se acaba de decidir. Tal vez no se sienta igual de conforme con todos, lo que es natural; pero yo, que los he leído hace poco, puedo decir que los hay excelentes y pienso que su personalidad actual de narrador obliga a hacer accesible toda su obra a los lectores, igual lo bueno que lo menos bueno.

El escritor furtivo obtiene, no obstante, en 1950, el Premio Nacional de Teatro «Calderón de la Barca» por su obra *La paloma de cartón*. Avatares administrativos, dificultades de montaje, cualquiera sabe qué, impidieron el estreno que le hubiera correspondido en alguno de los teatros nacionales y sólo subió a los escenarios en representaciones de teatro de cámara, sin que tampoco llegara a publicarse. Y creo que hubiera podido ser un acontecimiento y que acaso pudiera serlo todavía. Para empezar, una frontera, que en él ha sido siempre —nos lo acaba de manifestar— una obsesión, unos aduaneros en huelga

de celo, hecho que por entonces solo podía caber en la fantasía desatada de un economista, alegorías casi calderonianas, la difícil convivencia de la paz y la verdad, un diálogo ágil y no poco humor daban lugar a una comedia bien trabada y, cuando menos, insólita. Cinco años después, sin premio, pero sin tantas trabas, estrena en el teatro María Guerrero *Un sitio para vivir*, que sería publicada en 1958 en la Colección Teatro. Se ha escrito en algún lugar que, con esa obra se anticipó en veinte años a los movimientos ecologistas, al creciente desencanto por el desarrollo industrial. Es posible. Pero también se pueden rastrear en ella muchos viejos temas literarios: el de la vida idílica en un mundo en su estado natural, la historia del buen salvaje y hasta el tradicional menosprecio de corte y alabanza de aldea. Un eslabón más de una larga e inacabable cadena. De las dos incursiones teatrales de Sampedro, me quedo con la primera, que me parece más real, pese a su carácter alegórico, más viva y más aleccionadora. No es poco hallazgo descubrir que la paloma de la paz es simplemente de cartón.

Pero se supone que José Luis Sampedro, como escritor, es esencialmente un novelista. Porque son seis las novelas que ha publicado y dos de ellas rondan las setecientas páginas, que es extensión no usual en la narrativa que hoy se estila. Tres de las seis, incluidas las dos más largas, se han publicado en la última década y son las que lo han alzado a la fama literaria, las que han popularizado su nombre, al aparecer con mucha frecuencia, en los últimos años, en los índices semanales de libros más vendidos. Conseguir, desde la indudable calidad literaria, tal éxito editorial, no es asunto fácil y requeriría una explicación que escapa a la medida y a las posibilidades de este discurso. Yo tendré que limitarme a apuntar lo que han sido

para mí, sucesivamente, como lector, cada una de las novelas de Sampedro.

De mi impresión sobre *El río que nos lleva*, ya hablé. Su lectura me llevó, en cuanto tuve oportunidad, a la de *Congreso en Estocolmo*, su primera novela, publicada en 1952, y que yo conocí con trece o catorce años de retraso. La leí con facilidad y con gusto, disfrutando de la naturaleza báltica, como un congresista más, a través de una prosa descriptiva que me pareció admirable en su nitidez. La concluí en un vuelo, dicho esto en sentido recto y figurado, pues fue lectura de viaje, que me lo hizo corto, y llegué a su «Final en Gotemburgo» mientras volaba de Madrid a Tenerife; pero alguien que se sentaba a mi lado, un jurista, me contó, cuando yo le hablé de mi complacencia con el libro que acababa de cerrar, que Sampedro nunca había estado en Estocolmo y que escribía sus novelas informándose de los lugares en los que iba a transcurrir la acción en guías, mapas, planos y enciclopedias. Como no tenía razones para dudar de mi interlocutor, me sentí un poco estafado y, quizás por eso, no me preocupé de leer *El caballo desnudo* en el momento de su publicación, en 1970. He de decir que, cuando hace año y medio, visité yo por fin Estocolmo y sus alrededores, había cosas que iba reconociendo desde mis recuerdos de aquella vieja lectura sampedriana y, al volver, releí la novela. Milagroso me pareció que aquello se pudiese haber escrito sin estar en los lugares reflejados y, para salir de dudas, se lo pregunté al autor. Mi información era falsa: sí que había estado en Suecia, en un congreso de economía financiera, y la novela no era más que un testimonio, con personajes de ficción —o no tan de ficción— de aquella experiencia suya. Pero me explicó que sí que utiliza planos y mapas e información de todo tipo cuando escribe sus nove-

las, que no quiere dejarse llevar de su simple impresión de los lugares, acaso superficial o sesgada, que coordina los tiempos y los espacios, que establece previamente el plan de la acción que se va a desarrollar, es decir, que no escribe a la buena de Dios, que prepara muy cuidadosamente la urdimbre antes de acometer la trama.

Y, finalmente, me confesó que donde no había estado era en Milán y en Catanzaro, lugares donde se desarrolla *La sonrisa etrusca*. Me trocaba, pues, así lo que yo había considerado milagro sueco de adivinación por su equivalente italiano. Porque yo me la había llevado en un viaje a Milán, como lectura ajustada a la ocasión, y no hallé desacuerdo entre lo descrito y lo visto; pero es que, además, se la acabé regalando a una amiga italiana, que se entusiasmó con ella. Bien es verdad que hay un nieto también en su vida, como en la de José Luis Sampedro y como en la novela. Esta nueva versión, original en su planteamiento, equilibrada en su desarrollo, del antiguo tema del viejo y el niño se ha convertido en la novela más leída de todas las de nuestro autor, la de más amplia aceptación popular. Me pasma comprobar la cantidad de gente que la conoce, que se ha emocionado con ella, que la ha incorporado a su recuerdo y se ha identificado con sus sentimientos. Algo podrían decirnos al respecto, si es que son capaces de superar la trivialidad, los actuales especialistas en estética de la recepción.

Anterior en el tiempo, de 1981, es *Octubre, octubre*, la máxima novela de Sampedro, según la propia estimación de su autor. Un libro de seiscientos veinticuatro páginas de apretadísima letra de cuerpo 9, no apta, en absoluto, para vistas cansadas, con diversos relatos entrelazados, novelas dentro de la novela, tiempos superpuestos, múltiples acciones y gran cantidad de personajes, no es precisamente

obra de fácil lectura. No es libro para un viaje, sino para una temporada de sosiego y descanso, para unos días continuados de vacación. Y es, a mi juicio, una novela singular en nuestro panorama literario, distinta de cualquier otra, no comparable con la narrativa habitual. Complejísima obra, que le ha llevado diecinueve años de trabajo. Él nos ha dicho, en su discurso, que sus novelas han sido «lenta y encarnizadamente elaboradas». Y creo que, cuando afirma eso, está pensando sobre todo en *Octubre, octubre*, la más trabajosa, la más trabajada, que ha constituido una parte sustancial de su vida y donde, posiblemente, se ha puesto él mismo en toda su integridad.

Nuestro Director ha delegado en mí su voz para este recibimiento. Pero él ha escrito, no hace mucho, analítica y lúcidamente, sobre esta importante novela. Creo que si me ha concedido la palabra, podrá permitirme ahora que os hable, con palabras suyas, de esta obra excepcional. Señala, por ejemplo, «su modernidad, su originalidad y su desvío de lo que suele ser el quehacer del narrador por estos pagos». Advierte el poder de su técnica narrativa y «el riguroso entramado de relaciones que da unidad al libro». Lo ve más cerca de la visión barojiana del relato que de la unamunesca, relato que no es «fácil (porque es muy complejo), ni simple (porque su complejidad es abigarrada), ni frívolo (porque está lleno de infinitos saberes), ni trepidante (porque el novelista no se deja ganar por la acción), ni superficial (porque demasiados entresijos nos abligan a leer despacio)». Es «la novela entendida como un universo de saberes que acompaña los pasos de de cada personaje» y que, al mismo tiempo, «actúa sobre el lector en función de la pluralidad de estilos con que se manifiesta». «La morosidad que crea la presencia fragmentada de sus criaturas y los asaltos intelectuales, doctrina-

les, históricos a que se ven sometidas, va creando un ambiente», cuya originalidad consiste en que «todo se va trabando por una cuerda de hilos intelectuales». Manuel Alvar destaca entre estos aportes la presencia reiterada de ideas místicas, las de Ramón Llull y las de Ibn Arabí, y «oculto el nombre, pero vivísima la presencia», las de San Juan de la Cruz. Yo he de volver todavía, aunque sea un instante, sobre el lirismo de esta obra. Nuestro Director concluye su análisis con estas palabras: «se habla hoy del contrato entre escritor y lector que se desenlaza en una especie de confesión. La de José Luis Sampedro está en las páginas de *Octubre, octubre*, justificación del hombre y del escritor».

Después de ser elegido, muy poco después, el nuevo Académico publicó su última y larguísima novela, *La vieja sirena*, que ha tenido también un extraordinario éxito de venta, pero con no pocas reservas de la crítica. Es un libro bellamente escrito, con páginas de asombrosa calidad estilística, una recreación histórica, con entrevero mitológico, como del propio título se desprende, con no pocos intencionados anacronismos y una no oculta intención simbólica. He de reconocer que es el libro de Sampedro que menos me gusta. No he sido nunca aficionado a la novela histórica y soy realista por naturaleza. El «Quartel de Palacio» de *Octubre, octubre*, fue mi barrio, en cada venida a Madrid, antes de vivir en esta ciudad, por los mismos años en que la narración se desarrolla, y pude ir avanzando en su compleja lectura, porque me iba reconociendo en el tiempo y en el espacio. Tengo incapacidad total, en cambio, para situarme en Alejandría y en el siglo III de nuestra era. Con la actual afición a los horóscopos —que yo naturalmente no comparto y que acaso tampoco resulte ajena a nuestro nuevo compañero, que no descarta nin-

gún ingrediente mágico o esotérico en la composición de la vida—, alguien a quien le comentaba este rechazo mío de *La vieja sirena*, aunque me maraville la prosa en que está escrita, me dijo: «es que Sampedro es acuario y tú eres cáncer». No se hable más.

Lo que sorprende, sobre todo, de Sampedro como narrador es su capacidad fabuladora y su variedad temática. No hay dos novelas de nuestro autor que se parezcan. Ni se repiten los asuntos, ni los motivos, ni los planteamientos. Cada una de ellas se constituye en su propio mundo. Me queda una todavía por comentar; la que me había dejado sin leer en su momento y que he leído ahora, hace apenas un mes, para poder hablar de ella: *El caballo desnudo*. Una delicia de novela, que es todo un ejercicio de humor, resuelto con admirable virtuosismo. Humor en las situaciones, en la trama y en el estilo, un estilo creado especialmente para la ocasión y que sustenta, con singular eficacia, este relato tan diferente de cualquier otro de los suyos, que tiene lugar propio en el conjunto de nuestra literatura satírica y que nos muestra una cara más —y no la menos importante— de este siempre sorprendente escritor que es José Luis Sampedro.

Os lo he ido presentando en sus quehaceres y en sus obras. Primero, someramente, como economista, porque ahí poco podía yo decir y, ese poco, sin ninguna autoridad; con más amplitud, aunque no toda la que yo hubiera deseado, en lo que representa como escritor, en la dimensión que ha ido adquiriendo su obra literaria, ya no tan furtivamente como él dice, en nuestras letras contemporáneas. Pero quiero aún recordaros que fue Senador real, al igual que algunos de vosotros, en la primera legislatura. Y una corrección de estilo en verso hizo a un artículo de la Constitución, donde se hablaba de la posible agregación de

ayuntamientos *limitrofes entre sí*, enmienda que se aceptó y que quedó trascrita de este modo en las *Actas del Senado*.

«En ese artículo oí  
que para la agregación  
han de ser, por condición  
limitrofes *entre sí*.

¡Tate!, dije para mí,  
ripio diabólico es  
que, al ser *limitrofes*, pues  
por fuerza son *entre sí*.

Porque jamás concebí  
que un hombre y una mujer  
amor pudiesen hacer  
ella en Lugo y él aquí:

que, si ha de haber himeneo  
en su formas naturales,  
deben los... corresponsales  
gozar de *limitrofeo*.

Del mismo modo, o así,  
lo limitrofe, sin ripios,  
obliga a los municipios  
a estar juntos *entre sí*.

Retírese, pues, de ahí,  
esa expresión redundante:  
quedará más elegante  
aquí y en Valladolid  
(o en Valladolid y aquí)».

No son muchos los poemas de Sampedro que se han publicado y, aunque en este caso se trate de unas simples redondillas festivas, casi una broma convertida en documento, las he querido recoger aquí porque, con ellas, el nuevo Académico libró de un pleonasma a la Constitución y a nosotros nos muestra tres cosas: su preocupación por la correcta expresión lingüística, su garbo versificador y el humor, ya referido, con que sabe tratar, frecuentemente, determinadas cuestiones.

Hablé de su entusiasmo juvenil por la lírica, de aquella revista *Uno*, que él escribía para sí mismo, porque ha tenido, creo, el pudor de la poesía, la ha considerado un género tan alto que, si bien no ha sentido reparo en mostrarse literariamente en cuentos, en novelas, en obras dramáticas y en ensayos —que lo son y espléndidos, algunos de sus trabajos de economista—, ha ido guardando celosamente, al parecer, sus versos. No sé si en él ha influido, como en mí, una frase de Antonio de Capmany, que decía, allá por los finales del siglo XVIII, que «en poesía, todo lo que no es excelente es despreciable». Seis poemas, escritos hace muchos años, ha publicado en 1988, ilustrados por su amigo el pintor Josep María Miró Llull, en una carpeta con ocho hojas de papel Michel, con estampación serigráfica realizada por este. Se titula el conjunto *Ventanas de viento* y se tiraron cincuenta ejemplares, casi en secreto. Una joya artístico-bibliográfica. Pues bien, de los seis poemas de Sampedro solo he de decir que no son, ni mucho menos, despreciables.

Pero me vais a permitir que recite aquí esta tarde otro poema suyo que, a lo mejor, no recuerda. Es una silva, porque mezcla endecasílabos con heptasílabos, sin rima, con alguna esporádica consonancia:

«Ha transcurrido un tiempo planetario.  
En menos de una hora.  
Puedo ver la Verdad. Gracias Te doy;  
beso, humilde, Tu mano conductora.  
Ahora entiendo el sentido del viaje  
con todas sus etapas.

La ola de soberbia  
me exasperó ante el reto;  
mi desértica ciencia  
me enredó en las razones,  
el río de mi sangre  
confundió con Amor aquel deseo.

Para llegar a la Verdad más alta  
hay que pasar por todas las mentiras.  
Pero, por fin, la prueba ha terminado.  
Con mis ojos abiertos,  
con mi abismo desnudo,  
de humildad me revisto  
y en tu amor busco asilo,  
abrazado al marfil de tus rodillas.

No tengo miedo. Sé que tú no ignoras  
que nunca te perdí en mis confusiones.  
Que, si seguí adelante,  
fue buscando tu faro allá en lo oscuro,  
llevado de deseos de tu cuerpo,  
de la sed de morir sobre tu pecho  
derramando en tu sexo mis entrañas.  
Porque mi vida pasa y me destroza  
la espera de morir para encontrarte».

Este poema sí que lo ha publicado José Luis Sampedro. Y otros muchos como este. Pero ocultándolos, disimulándolos entre los esplendores de su prosa. Los versos que os acabo de recitar, con su ritmo riguroso y bien medido, están tomados de la página 311 de *Octubre, octubre*, sin hacer otra cosa que cambiar una voz extranjera por una locución adverbial castellana y suprimir unos cuantos nombres propios y una frase que liga el texto con la narración, amén, claro está, de transcribir en cortos renglones, a sílabas contadas, lo que en el original es texto seguido. Y pequeñas operaciones, como esta que he llevado a cabo, pueden hacer brotar poemas en muchas páginas de ese libro y también en muchas de *La vieja sirena*. Las dos extensas novelas de Sampedro encierran una primavera lírica, que nos florece, a cada instante, en su lectura: decenas y decenas de poemas intachables. Si el nuevo Académico hubiera escrito en renglones truncados muchos de sus textos en prosa, esos excursos líricos en que abunda su narrativa, bien en la rigidez del verso blanco, tal como el recién leído, o en la mayor holgura rítmica que permite el verso libre, serían varios los libros de versos que hubiese publicado y tendría yo ahora la obligación de glosar, todavía, una obra poética considerable. Veladamente, recatadamente, con un respeto profundo por la poesía, que le ha impedido declararse poeta, José Luis Sampedro posee más obra lírica genuina que muchos de los poetas que son tenidos por tales. Cualquier lector de su obra lo intuye. Yo he querido hoy demostrarlo.

Se incorpora, pues, a esta Institución, señoras y señores académicos, un hombre íntegro y un escritor de cuerpo entero. Va a poner su reconocida diligencia y su mucha sabiduría al servicio de las tareas que aquí se llevan a cabo. Lo ha hecho siempre, en todo aquello a lo que se ha

comprometido. Muchos son los honores, las dignidades y los nombramientos que se le han otorgado. El declara que prefiere los dos que están más ligados a circunstancias de su obra creadora: Gancharo Mayor de Peralejo de las Truchas, en el Señorío de Molina, y Amotinado Mayor de Aranjuez. Su obra literaria lo ha traído también hasta nosotros. Sé que se siente honrado por nuestra elección y, a la par, hondamente emocionado e inmensamente feliz por este reconocimiento. Él, que ha rehusado, en algún momento de su vida, ocupar una poltrona ministerial, máxima esperanza de una buena porción de españoles, va a sentarse en la silla «F» mayúscula de esta Corporación, la que inauguró el Padre Bartolomé Alcázar en 1713, con la misma ilusión por la literatura con que, aquel joven aduanero que fue, empezó a escribir versos, que solo él conoce, en 1935.

Has llegado a tu sitio, José Luis Sampedro, acaso a otra frontera. En nombre de la Academia, que se complace en recibirte, bienvenido a esta Casa, que ya es la tuya.

